

BIBLIOTECA CENTRAL
MADRID

LXXXII.

EL BAUTISMO.

Había John vuelto de Londres muy dispuesto á ultimar su conversión cuanto ántes. En la casa seguían los catequismos, más para secundar los deseos de los catecúmenos que por precision. Todas las dificultades habian quedado enteramente resueltas. Ya Julia sólo debía exponer llanamente, con el libro delante de los ojos, las creencias de la Iglesia, ó más bien recordarlas, mostrando su excelencia práctica y extrínseca. Se fijó un domingo para la sagrada función del Bautismo. Todo el día

precedente lo pasó el delegado del castillo en Parque verde en consolar á los neófitos con su espiritual ministerio. Visitó el oratorio del pueblo, encontrándole, no solamente provisto de todo lo necesario, sino también adornado de ricos tapices y lleno de cera como para una fiesta solemne, habiendo sido llamados al efecto adornistas de Newcastle. Dió sus órdenes al sacristán, á fin de que todo estuviera corriente para la ceremonia.

Primeramente deseó la señora que se realizase á puertas cerradas, presentes sólo los que debían intervenir por necesidad. Más luego, aumentando el fervor, vino el acuerdo de celebrar su conversión como lo pedía su espíritu, sin humanos miramientos, á vista de cuantos quisiesen presenciarse, y con todas las solemnidades que ordena el Ritual Romano para la recepción de los herejes. Requerido John por su madre para que diese su parecer sobre esto, respondió:—¿Qué? Yo hago lo que cumplo á mi derecho y á mi deber, no importándome hacerlo en privado ó en público, bajo tierra ó á son de trompeta: contenta vos, contentos todos.—Ni ella se contentó con la poca publicidad, añadiéndose una propia de su vocación genial, según las

nuevas inclinaciones que producía el fervor de su fe; invitó á los señores católicos del contorno, y dióles como punto de reunión el castillo, desde el cual se dirigirían al oratorio. A un pariente suyo de fe romana, con el cual hasta entonces había conservado relaciones frias por demás, hizo le rogasen que asistiese á la fiesta, aunque distaba no poco su casa del castillo: John añadió el ruego de que fuese su padrino. Para madrinas de Clara y de Clemencia, mistress Needle escogió dos jóvenes, hijas precisamente del padrino de John. Mistress Needle, para madrina suya, eligió á Julia. A los reparos que sobre tal elección hicieron otras personas, contestó resueltamente que á nadie más que á Julia correspondía este honor, si honor había en él: añadió que si la madrina debía instruir en la fe, faltando los padres, á su ahijada, ¿quién hacerlo podría mejor que ella, habiendo sido, después de Dios, la primera y la única autora de su conversión, y su profesora religiosa? A su edad temprana, muy abundantemente suplía la madurez de su juicio y su piedad ejemplarísima. Al que oponía la condición de la joven:—¿Qué os figurais? replicaba con la viveza propia de su gratitud y del afecto que á su amiga

profesaba: ¿imaginais que ha nacido en esta condición? Es mucho más noble que yo: hace tiempo que continúa en casa sólo por el amor que á mi familia tiene; y si la bondad de su corazón no la contuviese, podría vivir en su casa con renta propia, con holgura, si no con el esplendor de su ilustre raza.—En fin, la señora quiso que Julia fuese su madrina; á todo trance lo quiso, y la tuvo.

En el día precedente á la función, el sacerdote, después de oír en particular á cada uno de los neófitos, fijó y explicó todo el ritual de las ceremonias, exponiendo su significación y sus místicas interpretaciones lo que había hecho antes Julia en el catequismo doméstico. En el pueblo había una expectación muy curiosa, aunque tranquila. Reinaba en el castillo gran silencio: preparábase cada uno con el recogimiento y la oración para recibir al día siguiente los Sacramentos. Julia no tenía un momento de reposo, por ser muchas las cosas que debía poner en orden, aun prescindiendo de las neófitas, y especialmente de las discípulas, que á ella recurrían á cada momento. Aquella noche, por la vez primera, la señora reunió para orar en común á todos los de la familia y de la servidumbre,

unidos á ella en la misma fe, anunciando que tal sería el uso cotidiano en adelante. John tomó su puesto de jefe de la familia, entonó el Rosario, y lo dijo todo, sin esfuerzo ni afectación, y sin detenerse. Cada uno infirió en su virtud que hacía no poco tiempo que lo rezaba. El sacerdote, por cuyo consejo se había establecido é iniciado la oración familiar, dijo algunas sencillas palabras, propias del suceso, y bendijo á la reunión.

Brilló al fin la aurora del anhelado día. Desde sus primeras horas llegaron los convidados. Recibíalos John, según iba subiendo cada uno al primer piso del palacio, é introducíalos en el salón principal, poniendo buena cara igualmente á varios señores protestantes, que por amistad quisieron concurrir lo mismo que los católicos. La madre y las hijas no se dejaban ver, á fin de no distraerse con los cumplimientos: presentáronse sólo un instante, casi á la hora de ir á la Iglesia. La señora, que hacía mucho tiempo no pensaba en vanidades, por creerlas incompatibles con su viudez, se vistió aquel día con elegancia, presentándose con un traje de gran valor, embellecido según la moda última, brillando como una estrella por sus joyas y sus dia-

mantes. Al que la felicitaba por su buen gusto:—Es la gala postrera, respondia ó casi la postrera; hasta que se casen mis hijos, no perderé un cuarto de hora en arreglarme. Hoy empero, debía componerme un poco para dar á entender que voy á esta función como á bodas.—Había puesto á sus pequeñas ceñidas faldas de raso blanquísimo, realzadas con abundantes y ricos encajes; les puso también un amplísimo velo blanco, que, con lindos adornos, descendía hasta sus piés, envolviéndoas por completo á guisa de manto, por el cual hubieran parecido jóvenes esposas, si por el candor de su rostro, la modestia de su mirada y el piadoso recojimiento de su porte, no se hubiesen asemejado á unas angelitas bajadas del cielo. John iba sencillamente de frac.

Nunca el pueblecito de Parque verde había visto recorrer su gran calle única, que se dividía en dos, á comitiva señorial de tan espléndida pompa. Precedía un batidor con el uniforme propio de su servicio, siguiendo los carruajes descubiertos, todos los arreos de gala, cocheros y servidores con librea. John iba en la primera carroza, como jefe y representante de su casa; en la segunda mistress Needle, y en

la tercera Clara y Clemencia, siguiendo los demás neófitos, cada uno de los cuales tenía á su derecha á su propio padrino y á su madrina. Les aguardaba el clero en la casita al oratorio agregada, en aquel nido fabricado con tantas esperanzas por el infeliz ministro independiente, y tan presto abandonado por el celo anglicano infatigable de mistress Needle. Allí bajaron solo los que se habían de bautizar; los demás de la comitiva fueron directamente á la puerta del oratorio. Una vez dentro y en su sitio, les ciñó una barrera de bancos, inundando el pueblo el sitio sobrante. Alrededor había una multitud de curiosos, apretada, quieta y atónita por el gran acontecimiento que presenciaba, y al que apenas sabían dar crédito con sus ojos.

Propuso el delegado, para ganar tiempo, que recitaría él mismo la retractación delante del altar, aprobándola después cada uno de los convertidos con el juramento final de costumbre y la imposición de la mano sobre el Evangelio: más John de mal talante admitía el expediente, á pesar de ser necesario para no alargar la función demasiado: deseaba decir toda la fórmula, como la había pronunciado sir Roberto en su lecho de muerte. Se vino, pues,

al siguiente arreglo: sólo él la leería en su idioma propio, presentándose después los neófitos uno á uno á jurarla según la costumbre. Colocóse, por tanto, un reclinatorio á la puerta que desde la sacristía llevaba á la iglesia, poniéndose un misal sobre su tapete. Allí había de arrodillarse John, vuelto al sacerdote, quien al lado del altar recibiría su profesión. Los otros neófitos rodearían las espaldas del joven, de rodillas, asistiéndoles los padrinos ó las madrinas, que estarían de pie.

Admirable pareció la actitud de John al proferir en alta voz y distintamente cada uno de los artículos de la fe católica. Resplandecía en su faz, se notaba en su tono y se leía en su actitud la serenidad de su mente y la seguridad de su ánimo viril. Parecíale que maldecir lo que había bendecido hasta entonces, aliviaba mucho su corazón, y que afirmar solamente ante Dios las verdades conquistadas con tan largos combates, le proporcionaba como un triunfo. Después de él, los ojos de los presentes miraban con curiosidad grande á mistress Needle, cuya conversión subitánea y cuyo celo anterior por la secta nativa eran conocidísimos. Superó la común expectación, porque sin vacilar un punto, con un senti-

miento de profunda persuasión, pronunció las sagradas frases, extendiendo la diestra sobre el Misal, y alzando los ojos al cielo al invocar á Dios en testimonio de su sinceridad: no contenta con esto, invitó á sus hijas, y sin el auxilio del sacerdote asistente, les mostró con el dedo la fórmula del juramento que debían leer, poniendo su mano en el sacro volumen, con visible gozo de su corazón maternal.

Entre la multitud de los espectadores no católicos reinaba el silencio y el estupor: fuera de la iglesia se empujaban, se oprimían y se levantaban sobre la punta de los pies, á fin de observar alguna parte del espectáculo. Mucho más aumentó el ánsia furiosa de ver cuando, concluida la retractación de cada uno de los convertidos, el celebrante y el clero, al pie del altar, entonaron la salmodia, é hicieron sobre cada uno de los electos los ritos bautismales. Aquellas renunciaciones á Satanás, aquellas señales de la cruz, aquel libar la sal, aquellos exorcismos que hacen pensar á los que alcanzan su significación en las misteriosas operaciones de la gracia interna, eran ceremonias de simple curiosidad para los profanos.

Un leve murmullo se alzó en el pueblo

cuando el sacerdote, alargando á John el extremo de su estola, lo introdujo en la iglesia y después al grupo de los neófitos. Cada uno los contaba, mostrándoles á los que tenían más cerca. Entre tanto prosternábanse profundamente hácia el lado del altar, y levantándose juntos á una señal del que hacía de maestro de ceremonias, recitaron con el sacerdote el Símbolo apostólico y el Padre nuestro. Renováronse los exorcismos y las renunciaciones; cada uno recibía la unción de los catecúmenos. Los padrinos les ayudaban; las madrinas asistían á las mujeres para extender las ropas hasta el pecho y las espaldas, cubriéndolas con escrupulosa modestia de la vista del público durante el sagrado rito; plegados después los velos blanquísimos, que tenían suspendidos del brazo, conducíanlos para que circundasen la fuente bautismal, que era una gran palangana de plata, puesta al otro lado del altar.

Terminada la bendición de la fuente, se fué administrando el Sacramento. No se oía respirar á ninguno de los presentes. Ciertamente era un espectáculo encantador la piedad que resplandecía en el semblante de cada neófito. De uno á uno arrodillábanse al pié del ministro de la Iglesia, re-

citaban su propio nombre y rendían cuenta de su fé, según las preguntas del rito, siendo, por último, interrogados.—¿Qué pides ahora?

—El bautismo, respondían.

—¿Quieres ser bautizado?

—Quiero.—

El sacerdote sacaba luego agua con una cuchara de plata, y los padrinos disponían al catecúmeno: alargaba éste la cabeza sobre otra palangana al efecto dispuesta, descendía el agua sacramental, y oíase resonar la fórmula solemne “Si no estás bautizado, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.” Primero se bautizaron todos los hombres, y después las mujeres. Se vió la compungida y grave actitud del joven John, el recogimiento majestuoso de su madre, y más aún los angelicales movimientos de las niñas, que con los ojos bajos y las manos juntas, sostenidas por sus madrinas, doblaban sus rubias cabezas para el divino acto. El bautizante, después del Sacramento, ponía sobre la cabeza de cada uno el paño simbólico, y pronunciaba la fórmula: “Recibe la veste cándida, procurando llevarla inmaculada al tribunal de Nuestro Señor Jesucristo, á fin de que logres la vida eterna.”

El bautizado respondía: "Amén." John por sí mismo se lo puso, á modo de corbata; las mujeres, con el auxilio de las madrinas, tomaron nuevamente sus velos blancos, que habian servido para el ritual. Con el órden del bautismo se acercaron despues los bautizados al tribunal de la penitencia, entreteniéndose sólo lo suficiente para declararse reos de las culpas confesadas antes, y recibir la absolución. Entonces dispusieron y adornáronse los bancos para ellos. Subía, por fin, el sacerdote al altar, y celebraba el Sacrificio divino. No hubo en la asamblea corazón tan duro que no se enterneciese á la vista de la primera comunión de los nuevos católicos. Eran conducidos á las gradas del altar uno á uno por sus padrinos ó madrinas, que adoraban profundamente también la sagrada Hostia; una vez recibida, volvian á su puesto, irradiando en su rostro la fe y la devoción! Mistress Ana no pudo contener las lágrimas que regaban sus mejillas á rios: ni aún después de comulgar los demás fieles y de rendir gracias á Dios, cuando el celebrante entonó el *Te Deum*, sabía levantarse; continuaba llorando y haciendo sus oraciones con la cara entre las manos, casi fuera de sí.

Como habían venido á la iglesia, volvieron al castillo. Entonces comenzaron las felicitaciones recíprocas y los abrazos entre los parientes. La buena mamá estrechaba contra su seno á sus hijos, uno después de otro, dándoles besos que se desprendían de su alma, sin decir una palabra: parecía extática de gozo. A los que hablaban con ella les respondía más con el júbilo del semblante que con las palabras. En el momento de pasar al salón para comer, con graciosa desenvoltura dijo á los convidados:—Señores, hoy dejamos aparte las ceremonias mundanas: que los padrinos y las madrinas den el brazo á sus ahijados. Tomo la mia (se apoderó del brazo de Julia), y confieso con gusto, en presencia de mis parientes y amigos, que yo y mi familia somos deudores á esta noble joven de la felicidad presente. Le doy el brazo; mi amistad y mi gratitud hácia ella durarán siempre.—Julia hubiese querido corresponder á la cortesía con otras frases; pero la señora, abrazándola vivamente, no le dió tiempo y la introdujo en el comedor. A su derecha colocó Mistress Needle al sacerdote, delegado del Obispo, á Julia á la izquierda, enfrente á John y á sus hermanas, y á los lados á los padrinos y á las ma-

drinas mezclados. Sentáronse todos alegres; alegre, con templada pero profunda alegría, floreció la conversación en la mesa.

También estaba contenta la gente del pueblo. John, ya caballero cristiano, había hecho distribuir con motivo de la solemnidad mil panes, carne y cerveza; habían conseguido su parte los pobres todos, y cuantos pidieron. En su virtud, muchos á quienes nada importaba el papismo ni otra religión, hicieron buenos pronósticos para el porvenir, y exclamaron—¡Ojalá hubiese cada día un bautismo en el castillo! Sólo dos personas sentían gran pena por lo sucedido, y estaban inconsolables: el reverendo Star y miss Mary. El pobre cura todo aquel día estuvo arrinconado en su casa, sin atreverse á pasar de la puerta, como si le hubiera herido un rayo. No le causó poca maravilla ver llegar del castillo un abundante presente para que regalase su mesa, y con él una carta del señor John, que decía: “Reverendo señor: El acto realizado hoy por mi familia y por mí, corta las relaciones religiosas entre vos y mi casa. Pasaré dentro de pocos días el *jus patronato* á un pariente mio católico, y en forma de ley: vos no sufrireis por mi parte la menor molestia. Por el contrario, hallareis

abierta mi casa siempre que querais honrarla en calidad de simple caballero: si puedo serviros en algo que no desdiga de un católico, seguid disponiendo según os plazca de vuestro servidor afectísimo.—*John Needle.*”

Esta carta enjugó un poco las lágrimas del pastor protestante y de su desolada familia. Mas ¿quién podía consolar á la llorosa miss Mary? En vano la buena mistress Needle, con las más amorosas caricias, le prometía más de una vez que no se alterarían poco ni mucho sus condiciones; en vano le daba seguridades de su afecto, más como buena discípula que como buena señora; en vano encarecía su perpétua gratitud por las máximas virtuosas que le inspiró cuando joven, como también por los buenos y dilatados servicios que hasta entonces le prestó; la infeliz vieja no sabía consolarse, y no la vieron ya sin sobrecejo. Pasó el día del bautizo encerrada en su cuarto desde que amaneció hasta por la noche, y hasta tomó en él la comida de mal talante. En los días siguientes cambiaba con gran dificultad algunas frases secas con los nuevos católicos; con los protestantes, que eran los más, no vacilaba en desahogar la hiel que rebosaba de su cora-

zón. No cesaba de lamentar la ruina y la perdición eterna de mistress Needle, á quién con tantos afanes había cuidado para que fuese una buena protestante, y la de sus hijas, que hubiera educado como si fuese su madre, á no intervenir para echar lo todo á perder la bruja de Nápoles. Amenazaba con los castigos celestiales, y hacía profecías.—Vereis á la casa Needle hundirse con mil desventuras . . . Veo y no veo esta familia, este castillo y esta abundancia de todo. Nunca los apóstatas dejan de recibir su castigo. Cuando las tribus de Israel idolatraban, encendíase la ira de Dios, y los azotes no tardaban en caer sobre la nación extraviada.—

Aunque nadie prestaba fe á sus profecías, un hecho pareció darle la razón.

LXXXIII.

UNA NUBE EN EL HORIZONTE.

Los días posteriores al bautizo corrían para la familia Needle bendecidos por una paz profunda, así como por un gozo tranquilo y sereno, sobre todo para la señora, que, segura ya de la concordia doméstica, y correspondida según sus ansias por sus hijos, miraba el porvenir tranquilamente, pudiendo consagrar todos sus pensamientos presentes á las amadas prácticas de la Religión. Habiendo por divina merced llevado de continuo una vida muy buena, le parecían naturalmente suaves y encanta-